

LA INSTITUCIONALIDAD PORTEÑA

Voy a tratar a Buenos Aires como cantón suizo, su control político digital, su control digital de la salud, el control social y autonomía en una sociedad política dinámica, el cambio laboral local a la norteamericana, y como fin de orquesta, de las elecciones pasadas, “más Buenos Aires.” Por usar este último lema de las elecciones perdidas, cerraré pidiendo que sigan a un cantón suizo, no a Atenas como en cambio dejé implícito el año anterior. Verán por qué.

De todas maneras, sigo en el exquisito tono ilustrado que estrené el año pasado. Espero que los divierta, como entonces.

1. Buenos Aires, Suiza.

Hace algo más de tres años que estoy en el Tribunal Administrativo de la OIT y allí conocí y trato, pocos días dos veces al año, entre otros, al ex Presidente de la Corte Suprema de Suiza, CLAUDE ROUILLER, un hombre sencillo, campechano, amable, que se autocalifica de “campesino” porque proviene de un pueblo cercano a Ginebra, no de una gran ciudad. Por supuesto es una persona muy inteligente y altamente calificada a nivel suizo, lo que no es decir precisamente poco. Serio, responsable y además hábil. Todo un suizo.

He trabado una relación de alguna confianza con él, suficiente como para que *motu proprio* me hiciera preguntas retóricas y se las contestara él mismo, para mi beneficio. Al que sabe escuchar, le es dado oír, aunque la sordera avance implacable.

La primera pregunta fue:

—“¿Ud. sabe cómo se llega a Presidente de la Corte Suprema Suiza?”

Ante mi obvia negativa me contestó:

—“En lugar de una audiencia pública con el parlamento en pleno o en comisión al estilo norteamericano, hay audiencias públicas separadas con cada uno de los muchos grupos políticos representados en el parlamento. Al ser tantos, cada audiencia es detallada y minuciosa. El proceso es largo y fatigoso. Me ofrecieron ser Presidente de la Corte

Suprema por otro período y dije que no, porque tenía que repetir el mismo proceso.”

Su segunda fue:

—“¿Sabe qué le preguntan a uno allí?”

Su propia respuesta:

—“Desde luego, algunas preguntas de la vida en general, o del medio ambiente, la seguridad, la defensa, las relaciones internacionales, etc., **pero más que nada a qué organizaciones sociales, políticas, no gubernamentales, etc., pertenece.**”

—“¿Sabe por qué esa segunda pregunta?”

—“Para poder tener **múltiples** referencias personales ciertas, fidedignas, de la persona. En Suiza una persona no puede hacer una carrera pública llevando una vida privada, debe pertenecer al menos a una decena de organizaciones donde distintas personas lo conozcan desde varios años, lo hayan visto actuar, puedan dar fé de quién es Usted.”

En otras palabras, en la Argentina uno está acostumbrado a dar dos o tres *personas* como referencia, en Suiza hay que dar una decena de organizaciones sociales, políticas, etc. *No tres personas, sino una decena de grupos de numerosas personas que lo conozcan.* No es decir estoy matriculado en el colegio público de abogados con setenta mil abogados más, es decir estoy asociado en tal lugar y pregúntele a cualquiera de ellos sobre mí y sabrá algo de mí en forma directa y personal.

Me parece que Buenos Aires se está transformando en una variante nada despreciable de la experiencia suiza. Esta asociación de derecho administrativo de la ciudad lo comprueba, pues aquí no solamente nos encontramos los diversos organismos del sector público y diferentes particulares, sino que también interactuamos con la asociación nacional AADA, con la asociación provincial ADBA, con las Universidades, con ADC, la Asociación por los Derechos Civiles, con FARN, la Fundación de Medio Ambiente y Recursos Naturales, el CELS, el CEARE, con otras entidades no gubernamentales, con diversas publicaciones, revistas y editoriales, con distintas actividades de todo tipo que nos reúnen de manera diversa y entrecruzada en forma constante y, sí, permiten conocernos y saber todos algo más de cada uno de nosotros.

Esta introducción viene a cuento del programa de estas jornadas, y de sus distinguidísimos participantes de todos los estratos de la vida pública local. Lo estamos haciendo bien, lo están haciendo bien.

2. Buenos Aires y control político digital.

Esto es un dato de la madurez de la sociedad política en la Ciudad de Buenos Aires. Cabe ciertamente celebrarlo, porque ha sido creado con las propias manos, con el propio esfuerzo, con la propia eterna vigilancia. *Vigilantibus, et non dormientibus, jura subveniunt*, bien podría ser el lema porteño. El derecho y la vida política protegen al que vigila, no al que duerme. Buenos Aires, en este sentido, nunca duerme, siempre vigila. Eso la hace una ciudad admirable para vivir en sociedad política, difícil para gobernar. Enhorabuena que no sea fácil gobernar a una sociedad política que no abandona las riendas del poder después de las primeras elecciones, ni espera a las siguientes para hacer oír su voz.

Cómo hacer oír esa atención vigilante es algo que la tecnología nos facilita, al gobierno y a los ciudadanos. El gobierno, en las grandes ciudades, va instalando cada vez más cámaras digitales en los lugares públicos para tener controles de seguridad por posibles delitos. Han demostrado sobradamente su utilidad tanto en la prevención del delito como en su oportuna dilucidación y castigo, lo cual equivale también a seguridad y prevención. Los habitantes económica y técnicamente sofisticados de Puerto Madero han logrado que la Prefectura tenga instaladas en la calle suficientes cámaras como en Londres o Nueva York, y por eso siguen viniendo extranjeros para invertir allí. Deberemos tener cuidado de nosotros mismos en la vía pública, pero es también el cuidado que otros tendrán por nosotros. Las acciones privadas de los hombres tendrán que ser realmente privadas, fuera del ámbito de las cámaras de seguridad.

Lo mismo hace la AFIP, que cada vez va perfeccionando más sus mecanismos de control impositivo a través de Internet. Ya sabemos que para pedir al imprentero que nos haga una factura éste debe pedir en Internet permiso a la AFIP, y que éste es simple porque se limitan a tomar nota del pedido y guardarlo digitalmente. Pero ya saben quiénes imprimieron facturas, por qué número, con qué fecha, cuándo fue la anterior, etc. No es el Gran Hermano, es el gran elemento democratizador de los impuestos, que lleva hacia la realidad el principio de la igualdad en las cargas públicas. Poco a poco nos vamos acercando al momento en que no sólo es buena conducta ciudadana cumplir con sus obligaciones fiscales, también es buen ejercicio de los controles fiscales sobre los habitantes.

Esa aparente o real múltiple pérdida de libertad ciudadana se vé compensada por el ejercicio ciudadano del control de su gente pública o con poder, mediante Internet y buscadores como Google u otros. BILL GATES no era la amenaza, la Unión Europea se equivocó por despecho al multarlo brutalmente. No pido sanciones para *Google Earth*, *Google Desk*, o simplemente *Google en la Web*, pero apresurémonos a utilizarlas.

Reiteradamente le escuché al ex presidente de la Corte Suprema Suiza, cuando alguien preguntaba algo sobre alguien en el mundo, decir siempre igual: “Es muy sencillo, ponga el nombre y apellido de esa persona, y el país, y pregunte en Google.”

Lo ví en acción, cuando una vez me hizo preguntas muy pero muy puntuales sobre mi vida pública en la Argentina, tratando de discernir cuál había sido exactamente mi participación en tal o cual hecho de hace largo tiempo, en un caso de hace treinta y cinco años, 1972. Fueron varias preguntas sobre el mismo tema, y no me fue nada difícil darme cuenta que no había pedido informes a la SIDE suiza, donde no debo figurar, sino a Internet, donde sí figuro, con casi doscientas mil entradas en total junto a otros gordillos y otros agustines. Con la opción de traducir la página, que funciona mejor desde el castellano hacia el inglés que a la inversa, puedo ver mi propio CV con el detalle de toda mi vida, contado por mí.

Me interesó sobremanera y empecé a hacer lo mismo sobre todos mis colegas del tribunal, y luego sobre personajes de la vida argentina sobre los que tenía sospechas, certezas, información que quería ver si estaba o no convalidada. Para mi sorpresa todo hombre o mujer público argentino también tiene decenas, centenas o miles de entradas en google, a veces decenas o centenas de miles, y da diferente resultado si uno pone solamente el apellido, o nombre y apellido, y si agrega el país o no, en las dos alternativas. Aparecen de pronto artículos periodísticos que se han referido al personaje, informes de organizaciones no gubernamentales, entradas en sitios privados como *Wikipedia*, etc.

Si uno aprende a distinguir la información confiable de la no confiable, y toma las páginas de Internet con el mismo cuidado que la prensa cotidiana y los libros, advierte que de pronto ha logrado un nuevo nivel superior, hasta ahora desconocido, de control ciudadano sobre la cosa pública. Era una aspiración de hace tiempo que habían expresado los politólogos, ahora es realidad, sólo hace falta que así como cuidamos el derecho a votar, cuidemos también el deber de saber.

Es una forma de control social excepcionalmente útil para nuestro desarrollo político e institucional. Como siempre, requiere saber inglés. No

se arreglará con traducciones al castellano. Invito a mis conciudadanos de la Ciudad de Buenos Aires a recurrir a la red de redes y preguntar, como ejercicio de ciudadanía, sobre cada uno de los personajes de la vida pública que conozcan, pero sobre todo sobre los que les rodean, para ver qué registros hay de su vida pública, buenos o malos, creíbles o desconfiables. Descubrirán de pronto que las cámaras de Puerto Madero también las podemos redireccionar sobre todos los que tienen presencia en la vida pública de la Ciudad.

Lo dijeron los patriotas del 25 de mayo, según nuestros libros de historia. El pueblo quiere saber de qué se trata. Pues bien, si aquello del 25 de Mayo de 1810 vale para sus descendientes de hoy, tenemos el derecho y el deber de saber, y podemos saber, parafraseando a SCHEIBLER, qué dicen las páginas de Internet sobre cada una de las personas que conocemos y que tienen algún grado de poder en la sociedad. Podremos llegar a celebrar el bicentenario con una sofisticación ciudadana nunca antes presente en la historia, sabiendo todo lo que hay que saber sobre cada uno de los que nos gobiernan, o de los que dudamos votar o no votar, para cada cargo por pequeño o comunal que sea.

3. Buenos Aires y control digital de la salud

Tengo hace unas semanas un problema de salud en un oído interno que básicamente no tiene cura, solamente administración y manejo. Pero ocurre también que primero debo eliminar una decena de posibles causas que sí son tratables, cosa que con mis médicos estoy en el proceso de dilucidar, para estar seguro que el resto es negativo como la definición de función administrativa. Si no es por ninguna de esas causas, entonces no tiene causa conocida ni tratamiento: el mal de MÉNIÈRE no se sabe de qué viene, hay muchas hipótesis pero no existen todavía en el mundo medios científicos para comprobar si son ciertas o falsas.

El sistema de salud me permitió inferir rápidamente qué era lo que los médicos no sabían de mi problema. Pregunté sobre el tema médico en Internet en páginas en español y encontré muy poco. Cambié la palabra al inglés y aparecieron infinidad de respuestas. Las palabras que no entendía las volvía a preguntar y encontraba las respuestas hasta ir armando el rompecabezas. Como el tema del mal de MÉNIÈRE es desconocido también para los médicos de todo el mundo, pude al menos ver con más detalle el límite del conocimiento humano y despejar con mayor certeza algunas dudas e interrogantes que tenía. Un ejercicio parecido al de ALEJANDRO NIETO en su libro *Los límites del conocimiento jurídico*.

Ustedes dirán, pregunte al médico. Pero es que cuando pregunto a los médicos en base al conocimiento que adquirí en Internet y el médico me pregunta por mi profesión y se entera que soy abogado, es como un *test* psicológico. Si es un profesional seguro de sus propios conocimientos y su límite, seguro de su capacidad profesional, a lo sumo adoptará una actitud de mayor cuidado. Si el médico tiene poca seguridad profesional tratará de dejarme como una papa caliente, diciendo que soy un paciente de cuidado, porque controlo la información que me da y busco la que no me da. Le hace perder la omnipotencia que en la Facultad le enseñaron era la clave de la curación psicológica del paciente.

Entonces recorro al capital social. Siguiendo los vericuetos del matrimonio, mi mujer comenta mi problema a sus amigas y éstas, en esa magnífica cofradía que tienen las mujeres, rápidamente le aportan a ella información cuyo consumidor final seré yo. Trece personas sobre cien mil con este mal no es precisamente mucho, pero una mujer inquisidora logra encontrar al menos tres o cuatro, y con ello mejores médicos, consejos prácticos, ideas, experiencias. El capital social en medicina también tiene aplicación. El único requisito es ser mujer o estar casado; en mi experiencia, lo segundo funciona muy bien.

Además de las cámaras de televisión en la vía pública, además de la red de la AFIP en Internet, está también el capital social que mantenemos y generamos tanto por el contacto interpersonal como por la consulta a Internet. Su entrecruzamiento tiene un efecto ciertamente multiplicador.

Así debemos ser como pacientes sobre medicina, para mejor preservar nuestra salud, y así debemos ser también como ciudadanos, para mejor preservar nuestra libertad y nuestro patrimonio frente a los hombres y mujeres que integran los respectivos gobiernos que debemos controlar. Es *Vigilantibus, et non dormientibus, jura subveniunt*, en la era digital.

4. Buenos Aires, Ciudad Autónoma

Hay datos más obvios, como el conocido carácter independiente del voto capitalino, siempre impredecible. Hemos tenido democráticamente a Fernando de la Rúa y Fernando Olivera, a Erman González como diputado capitalino, a Ibarra y Cecilia Felgueras, a Ibarra y Telerman, tendremos a Macri y Gabriela Michetti, y ustedes seguirán votando de forma tal que nadie pueda decir que tiene vuestro voto seguro.

Les dirán tal vez que se equivocaron al votar, los que votaron al ganador. Esos votantes pensarán que son los otros los que se equivocan, pero en todo caso tienen autocrítica popperiana y saben también que no

pueden ni deben dar un cheque en blanco a nadie, lo hayan votado o no. Controlarán el poder desde la base, tienen una legislatura con pluri—representación, a la suiza, con una justicia absolutamente independiente donde se han juntado criterios jurisdiccionales de lo más diversos y todos conviven en armonía.

Por supuesto que discutimos, todos y entre todos, porque somos ciudadanos, somos personas mayores, sabemos el valor de la discrepancia y del debate sin perder el respeto ni la amistad, ni el sentido compartido de la cosa pública. Sabemos que los consensos se construyen dialogando, discutiendo, hablando con los que piensan distinto, respetándolos tanto si son mayoría como si son minoría.

A esos datos más obvios, que están suficientemente reconocidos por la opinión pública y por la prensa cotidiana, a punto tal de no necesitar demostración ni argumentación alguna, hay que agregar otros no menos importantes para mí.

5. Buenos Aires, dinámica y cambiante.

Es la plasticidad de la ciudadanía porteña, no meramente en el ejercicio del voto, que eso es sólo una parte de la democracia, sino en el ejercicio del control y orientación del poder político, que es la gran tarea indelegable del pueblo.

Plasticidad que se vió en una administración que se quiso que hiciera primar lo institucional, hace algunos años; luego, en medio de la crisis, en una administración que sacrificara planes de inversión e infraestructura y canalizara todos los esfuerzos a la explosión social que se había producido.

Poco tiempo después, ante una tragedia, parte de la ciudadanía reacciona con el rechazo a su Jefe de Gobierno, logra su objetivo de cambio institucional, y lleva a que la siguiente administración reorientara sus planes para retomar la inversión en infraestructura, mejoramiento urbano, etc.

Pero a ese público activo y dinámico ya por lo visto le pareció poco, o tarde, o no suficientemente independiente, y optó una vez más, distinto. Eso es un cuerpo político viviente, que nada tiene que envidiar a un cantón suizo, salvo que le faltan todavía las autonomías comunales en real funcionamiento.

6. Buenos Aires y el cambio laboral a la norteamericana.

Ya hay funcionarios de nivel medio, de gran jerarquía profesional, jóvenes y dedicados, que están pensando si la siguiente administración los mantendrá en sus puestos o no. Y no están preocupados, pues ya tienen ofertas del sector privado para el caso que sus superiores prescindan de ellos. Lo sé porque yo soy uno de los que, desde afuera, estoy a la espera de algún error gubernamental porteño que deje sin trabajo a un profesional joven y valioso de los muchos que tienen.

Si cometen ese error político, no quedará gente sin empleo ni frustrada. Simplemente, la administración perderá su poca pero intensa experiencia ya ganada, y la usufructuará otro. No es un drama. Uno de los profesionales que conocemos, en este caso de la administración nacional y no local, a quien hemos querido tentar con trabajo, nos ha dicho afectuosamente, “Trabajo es lo que sobra.”

Y esta relativa tranquilidad profesional es todo un dato muy moderno de la Ciudad de Buenos Aires, comparable ahora a los Estados Unidos, donde todos los años se pierden empleos de menor nivel y se crean empleos de más nivel, con lo cual nadie puede darse el lujo de quedarse en su lugar: Es necesario estudiar y perfeccionarse siempre, para conseguir el nuevo, mejor y más difícil empleo, cuando se termine el anterior menos sofisticado.

Los egresados o estudiantes avanzados de la carrera de especialización en derecho administrativo de la UBA son el mejor ejemplo de ello: Ninguno está sin un trabajo que lo satisfaga, y algunos han cambiado varias veces de trabajo, siempre para encontrar algo mejor. Esa es ya una tendencia, no tiene retorno. Y la Ciudad de Buenos Aires es el lugar físico e institucional que alberga y se beneficia con esas nuevas formaciones profesionales, para bien de todos.

7. “+Buenos Aires”

Ese nuevo nivel de conciencia ciudadana en el control del poder debe ir acompañado igualmente de un sentimiento de deber cívico ciudadano, ante nuestra propia conciencia. Decía ayer REIRIZ en el homenaje que le hicéramos en la Facultad de Derecho muchos de los que hoy estamos acá, que tan solo se limitó a cumplir con su deber, según su conciencia, en cada acto de su vida. Los aplausos fueron atronadores, y de pié.

En un acto que quisiera considerar parecido, tengo como ciudadano no solamente el deber de criticar, que no es fácil, sino también el deber de felicitar, que es más difícil aún. Felicitar a quien será gobierno a partir del

10 de diciembre es demasiado fácil y además sospechoso, hay que tener el coraje de felicitar a los que no estarán en el poder ni demasiado cerca de él después del 10 de diciembre.

BIELSA decía hace más de medio siglo que a los funcionarios hay que felicitarlos **no** cuando se los designa, pues todavía no se sabe cómo van a actuar, sino cuando se alejan del cargo, **si es que lo merecen**. Va ahora algo políticamente incorrecto, que para mí es un deber: Al Jefe de Gobierno saliente, a quien no conozco personalmente y cuyo futuro político se presenta hoy incierto, le hago llegar mi personal saludo de simple habitante, *homo politicus* sin aspiración política alguna.

Lo saludo al retirarse, por haber tenido el coraje cívico de aumentar las valuaciones para las tasas inmobiliarias y luego aceptar un veredicto diferente de la sociedad, para no asumir él sólo la responsabilidad del aumento: Hay un viejo dicho norteamericano, de humor negro, que dice “*No good deed goes unpunished*”, ninguna obra de bien queda sin castigo. Esta vez la sociedad que no lo votó lo ha premiado liberándolo de tener que asumir la responsabilidad del indispensable aumento fiscal: Quedará entonces para la nueva administración y nueva legislatura pagar el consiguiente costo político que él intentó infructuosa pero lealmente asumir.

A nadie le gusta que le aumenten los impuestos, pero sin base fiscal no se puede gobernar, ni hacer Estado de Bienestar, ni Estado de Derecho, ni inversiones en infraestructura a largo plazo, ni inversiones sociales, ni educación, ni salud, nada en suma. Y la base de la valuación para el impuesto inmobiliario está claramente atrasada, en Atenas y en Esparta por igual. Los gobiernos y al parecer los pueblos prefieren los impuestos fáciles que se perciben sin protestas sociales, aunque sean distorsivos e inequitativos.

En lejanos gobiernos era común que la administración saliente le dejara de regalo alguna pieza legislativa al gobierno entrante como elefante blanco o caballo de Troya: La revolución libertadora le dejó al gobierno democrático el estatuto con la estabilidad del empleado público; Frondizi tuvo que inventar la racionalización, hoy mejorada a la prescindibilidad, y es esta Corte en *Madorrán* la que tiene que recordar que el empleo público tiene estabilidad propia.

El Jefe de Gobierno saliente intentó asumir, al revés, una pesada decisión política él mismo. Sea cual fuere ahora su futuro político, es buena la Ciudad que ha producido un dirigente que al irse intenta hacer un último acto de servicio. Mi elogio, en suma, no es para él como persona, pues

insisto que no lo conozco personalmente ni menos conozco los pormenores de ambas decisiones, pero sí felicito a las instituciones locales, a la ciudadanía local, a la legislatura y administración locales, a los funcionarios de distinto nivel y jerarquía locales que han hecho posible que un funcionario saliente haya entendido, bien o mal, que tenía un último deber cívico que realizar.

8. Buenos Aires helvética, no del peloponeso.

En Suiza aplican normas democráticas de conducta, es un Estado de Derecho, no persiguen a los que piensan distinto o son políticamente incorrectos. Imploro que recuerden que los he comparado con Suiza, no ya con Atenas como el año pasado.

En Atenas existía el exilio como sanción ciudadana, pena severa si las hay, y también estaba la cicuta que Sócrates aceptó. Yo me preparé muy poco para el exilio, nada para la cicuta, aunque ella eliminaría radicalmente, es cierto, mis otros males de salud. Sólo llevé mi domicilio electoral afuera del égido urbano, a la vecina Esparta, en pleno campo: No he votado en las últimas elecciones porteñas, pues por el cambio de domicilio ya no estoy en este padrón electoral. Pero todavía tengo mi domicilio fiscal, real y profesional, en esta ciudad que tanto quiero aunque no soy nativo de ella. Por eso mi pecado de felicitar por un intento de aumento de la base tributaria, lo hago a pesar de mi propio peculio. Pero recuerdo las palabras de VARSAVSKY en España, que paga altos impuestos pero en cambio vive en seguridad y libertad, con salud y educación públicas que son parte de la misma seguridad y libertad.

Muchas gracias